CAPÍTULO XIX.

TOLEDO.

CONCLUYE EL ANTERIOR, Y LA VISITA Á LA CIUDAD.

EN aquel enredo de callejones sin cuento, de que se compone la ciudad imperial, tuvimos necesidad, al fin, de proporcionarnos un guía que nos condujese á ver otros puntos dignos de consideración y estudio.

Nuestra buena fortuna hízonos tropezar de manos á boca con un individuo que, dicho sea de paso, no era de muy buen talante; pero que se ofreció á llevarnos á visitar lugares importantes, y á fe que cumplió con fidelidad su cometido.

En todas partes suelen encontrarse individuos de aspecto más ó menos agradable, cuyo oficio, mediante una módica propina, es el de enseñar al viajero las maravillas que encierra el punto objeto de la visita. Y en verdad que hay muchos que desempeñan con verdadero talento y ribetes de erudición su empresa.

Recuerdo que una vez nos encontramos en Roma con un chico de vivo genio, como de unos quince años, y que llamó nuestra atención notablemente: comenzó por hablarnos en francés; en seguida en italiano y alemán, ¡hasta en ruso nos habló el muchacho! Y viendo que ante sus ruegos para que le acompañáramos á diversos lugares de la Ciudad Eterna,

permanecíamos inexorables, dijo sonriéndose y con pronunciación dulcísima:

—Sé hablar un poco el español, señores.

Así os encontraréis en las ciudades muchos seres dignos de mejor suerte, y de cuya inteligencia cultivada podrían sacarse opimos frutos.

Nuestro acompañante en Toledo no sé por cuántos vericuetos nos condujo, el caso es que nos llevó casi á extramuros; hallándonos de improviso al Sur de la ciudad, en una alameda de regulares dimensiones, y á nuestros pies el Tajo, cuyas aguas miramos mansamente correr desde la altura.

El paseo ó alameda se llama del Tránsito.

—Aquella gran casa que veis allí—nos dijo el guía señalándonos una fachada en ruinas—es la del *hechicero*.

—¿Qué hechicero?—le interrogamos todos á un tiempo, como si viésemos aparecer un fantasma á nuestra vista.

—Allí—repuso—en la clave del portal (zaguán decimos en México), observáis un blasón que el tiempo ha desgastado: es el escudo de armas de la casa poderosa de los Marqueses de Villena, y en ese lugar habitó el terrible Don Enrique de Aragón, el nigromante y endemoniado.

Con la explicación de nuestro buen guía, vínoseme al magín toda una historia romancesca de los tiempos medios. Estábamos, en efecto, frente al viejo palacio de Villena, edificado, según se cuenta, por el tesorero del Rey Don Pedro de Castilla: escogiólo después para morada el famoso Don Enrique de Aragón, al cual el vulgo tomó por hechicero: más tarde el Emperador Carlos V mandó encerrar allí al Duque de Borbón, que había traicionado á su patria y á su Rey; y en seguida le habitó Don Diego López Pacheco, Duque de Escalona y descendiente de la casa de Villena.[1]

1 El Virrey de Nueva España Don Diego López Pacheco Cabrera y Bobadilla, fué descendiente directo de esta casa, y del famoso Don Juan Pacheco, privado de Enrique IV, quien creó el ducado de Escalona en 1450 á favor de su privado.

Empero, considerando que aquella mansión habíase deshonrado con habitarla un traidor, prefirió el de Escalona perderla, aniquilarla para quitarle toda mancha, y le mandó prender fuego para que así se purificara: el palacio ardió, y los sucesores de Villena no lo han reedificado.[1]

Junto al paseo se encuentra quizá el más miserable de los barrios toledanos, y al cual se le llamaba de la *Judería*, por haberlo habitado los hebreos: tiene, á pesar de su linaje, curiosísimos objetos que admirar: en una esquina, cerca del palacio de Villena, se ve una puerta estrecha, más bien entrada de un sótano; da acceso á un lugarejo húmedo y frío: en verdad que me imaginaba que se nos conducía á los subterráneos del *noble nigromante;* empero, de súbito nos encontramos en un recinto amplio, cuadrangular en su planta, y cuyo exquisito y rico decorado nos dejó encantados; es aquello una antigua sinagoga que da el nombre al paseo del Tránsito. Los muros de ese templo israelita ignoro cuándo fueron levantados; pero sí sé que los judíos conservaron la sinagoga hasta fines del siglo décimoquinto, en el que, por un extrañamiento fulminado por los Reyes Católicos, salió del territorio español cuanto judío en él había. Después, los caballeros de la Orden de Calatrava establecieron allí una hospedería, y en un pequeño departamento contiguo instalaron su archivo y el de la Orden Militar de Alcántara: más tarde se convirtió en ermita bajo la advocación del *Tránsito de Nuestra Señora*, y hoy es sólo un monumento nacional.

No puede á primera vista juzgarse de las bellezas que aquella sinagoga encierra, á causa de la andamiada que se ha montado para restaurar con gran cuidado las mil labores primorosas que van apareciendo á diario en bóvedas y muros, á medida que se van desprendiendo las capas de estuco que por mucho tiempo han ocultado los relieves: la construcción es

1 En galanos versos cuenta este episodio el ilustre Duque de Rivas en su precioso poema "Un Castellano leal."

de magnífico ladrillo; y sirven de marco á los labrados inscripciones hebreas, cuyos elegantes caracteres se prestan tanto como los arábigos para la exornación.

Cubre el pavimento, casi en su totalidad, gran número de losas sepulcrales con leyendas escritas en letras germánicas, leyendas muchas de ellas de difícil lectura, por estar cubiertas por gruesas capas de polvo.

No debe dejar de hacerse esta visita á la sinagoga del Tránsito: es un recinto muy curioso y muy digno de poder admirarse.

A corta distancia y en un descenso del terreno, más allá del paseo, detuvimos nuestros pasos para conocer otro monumento magnífico que se conserva como un tesoro artístico. Entramos á una especie de atrio, en cuyo fondo se alza la fachada de un templo; nada llama la atención al exterior; penetramos luego al templo y se nos presentó una perspectiva hermosa: hileras de columnas exagonales arrancando del suelo, sin bases, de no muy grande altura, con capiteles airosos, y descansando sobre las columnas los atrevidos arcos en herradura, tan elegantemente empleados por los árabes en sus edificios todos. ¡Qué primor de templo, qué joya más bien acabada! Los frisos que se asientan sobre las arcadas, muéstranse engalanados por esas multiplicadas combinaciones de líneas tan características del inimitable estilo musulmán. Este templo también es una antigua sinagoga hebrea, y una inscripción colocada arriba de la puerta relata la historia del recinto: no copio la leyenda por ser muy larga y cuya exactitud histórica no garantizo del todo, pero en extracto dice: que el edificio fué sinagoga hasta el año 1405, en que se consagró iglesia con el título de *Santa María la Blanca*, por la predicación de San Vicente Ferrer; que en 1500 el Cardenal Siliceo fundó allí un monasterio bajo la advocación de la Penitencia; que en 1600 se redujo á ermita ú oratorio, hasta 1791 en que se profanó y convirtió en cuartel, "por falta de casas;" y en 1798 se dispuso, amenazando ruina, su repara-

ción; hízose almacén de enseres de la Real Hacienda; y ahora sólo es, como el Tránsito, monumento nacional.

Tiene Santa María la Blanca otros particulares detalles; no tomé nota de ellos por tener aún que consagrarnos, al decir de nuestro guía, á la visita de otros lugares cercanos de allí, y que también deberían atraer nuestra curiosidad.

Salimos, en efecto, y á una distancia no muy grande, distinguimos los muros góticos de un templo famoso, última expresión en Toledo del arte ojival en su tercer período de existencia. El santuario lleva el nombre de *San Juan de los Reyes*. Echaron sus cimientos los católicos monarcas Don Fernando y Doña Isabel, para perpetua memoria de la batalla del Toro, decisiva de la guerra civil provocada por Alfonso V de Portugal, en defensa de los derechos que alegaba en favor de su esposa Doña Juana la *Beltraneja*.

Aun cuando la primitiva idea fué de que sirviese para cementerio real, no llegó nunca á ponerse en práctica.

Tres son los puntos principales é importantes en que hay que fijarse al visitar este monumento de las glorias de España: el templo, el claustro y el museo provincial, anexo á toda esta fábrica. Con brevedad, y en este mismo orden, daré cuenta al bondadoso lector de cada uno de estos interesantes puntos.

El exterior es notable por su sencillez arquitectónica, formándose entre contrafuertes exornados con estatuas y terminados por pináculos dos series de arcadas superpuestas una á la otra, descollando una cúpula ojival sobre toda la fábrica. Llama la atención una multitud de cadenas colgadas de los muros, y dícese que son las que llevaban los cautivos cristianos cuando la toma de Granada.

Se entra al templo por una puerta lateral gótica, pero que no pertenece á la época florida. El interior, aun cuando se le admira como un conjunto soberbio, revela ya la decadencia del arte: sus detalles son una filigrana, un encaje hecho á maravilla. Tiene una gran nave y capillas á ambos lados longitudinales: en el fondo, entrando á la izquierda y cerca del presbiterio, se ven en el muro, de alto relieve, colosales escudos de los Católicos Reyes, y sobre las puertas las llagas de San Francisco. Corre á lo largo del friso y dando vuelta, una inscripción latina con caracteres germánicos, que en pocas palabras relata la historia del edificio; y sobre los grandes pilares, situados entre el templo y su crucero, se ven las tribunas desde donde los reyes veían celebrar el sacrificio de la misa; las tribunas tienen las cifras F. Y., coronadas. Nótanse en el templo sus restauraciones, y los autores de ellas no se cuidaron de seguir la uniformidad en el estilo, antes bien mezclaron otros que destruyen la unidad y depravan el gusto.

En el pavimento hay gran cantidad de lápidas mortuorias, cada una de ellas con su larga leyenda, á usanza de la época en que allí fueron colocadas.

La iglesia, finalmente, tiene aspecto singular: extraordinario en su conjunto, decadente en su estilo general, pero con ricos y abundantísimos detalles.

En seguida pasamos á visitar el claustro contiguo al templo. ¡Qué primor, cuánta belleza! Es asimismo gótico del tercer período: un patio rectangular, circuído por galerías altas y bajas; su tipo es la elegancia y exquisito gusto en todo su conjunto y pormenores; reina la belleza en toda la exornación; sus detalles son delicados en alto grado; estatuas, repisas caladas, haces de columnitas delgadas esbeltas; capiteles llenos de hojarasca labrada con finura, nervaduras que se cruzan y se enlazan y combinan en las bóvedas; en resumen, cuantos elementos pueden emplearse en este sistema, tantos hay distribuídos con arte, con talento y con gracia. En el jardín se miran las canales de piedra, todas distintas en su forma: ora es un animal fantástico, cuyo cuerpo constituye la canal; ora es un fraile, ora un ángel, ora una figura barbada, ora un reptil. Desde un ángulo del edificio, bien en las mismas galerías ó fuera de ellas, la perspectiva es soberbia. El

claustro de San Juan de los Reyes, por sí solo, es objeto de la admiración del viajero y de las contemplaciones del artista: joya de gran valor que ahora se restaura con cuidado bajo la dirección de un arquitecto inteligente.

El año 1808 iglesia y claustro sufrieron los horrores de la más injustificada destrucción por parte de los franceses, que asimismo quemaron libros, manuscritos, códices y documentos raros, curiosos, interesantes, que guardaba el convento, pereciendo para mengua de la civilización, que protesta y protestará siempre contra todos los atentados que originan las calamitosas pasiones políticas. No hay que admirarse, pues, que los frailes que vinieron á fundar en el continente americano la religión del Crucificado, pretendieran derribar de sus pedestales los ídolos, y en común hornaza consumieran cuanto les impedía la propagación de la fe; no hay que admirarse, repito, cuando en el siglo XIX, los que se llaman *civilizados* han cometido en el mundo tantas y tan incalificables acciones. ¿Quién es el que puede tirar la primera piedra? ¡Cuánto se ha perdido en este siglo, y cuánto, á lágrima viva, no lamentan la civilización, la historia, las letras y las artes!

Cuando hubimos salido del claustro, haciéndonos todas estas reflexiones, visitamos algunas obras de reparación que se comenzaron bajo el gobierno de Don Alfonso XII, y nos encaminamos después al pequeño museo provincial, cerca del templo.

El museo encierra muchas curiosidades, especialmente epigráficas. ¡Ojalá que en México se pudiesen reunir materiales, que los hay, para formar una sección de este género en nuestro Museo Nacional!

Por el sencillo relato que, sin pretensiones de ninguna especie, he hecho de la imperial Toledo, podrá juzgarse de su importancia desde diversos puntos de vista. Sin embargo, hay que palparla para convencerse de ello: hay que irse acercando poco á poco, para primero abarcar el conjunto, desde lejos contemplarlo, y después entrar al estudio de sus deta-

lles. Es quizá, la ciudad más interesante de España. No tenemos idea de lo que son éstas sino cuando las miramos de bulto y en toda su plenitud. Alguien me tildó de temerario al comparar la Catedral de Toledo con Nuestra Señora de Paris. Alguien, asimismo, creyó de poca monta el Alcázar de la ciudad secular por tantas veces; empero, basta sólo tener al alcance de la mano fotografías que con limpieza representen el objeto que se desconoce para tener de él una idea, y, por ende, juzgar de su importancia y su belleza.

Y Toledo, sigue y seguirá asentada en su eminencia de rocas, arrullada por el Tajo; con sus puentes seculares, sus murallas agrietadas, sus almenas rotas, sus torreones amarillentos; con sus casas de blasones borrados y sus callejones tortuosos; con su carácter, en fin, que conservará todavía por muchos siglos, manteniendo en pie la tradición, y viviendo en la memoria de todos el recuerdo eterno de la vieja metrópoli de la Carpetania, de la por mil títulos insigne ciudad del Tajo, la imperial Toledo.